

Verónica Murguía

Nació en la Ciudad de México el 5 de noviembre de 1960. Narradora e ilustradora de libros. Estudió Historia en la FFyL de la UNAM. Ha sido conductora del programa “Desde acá los chilangos” de Radio Educación; participante de un programa de apoyo a los niños de



Fotografía: Barry Domínguez, Cultura D.R. © UNAM 2024

comunidades indígenas de Oaxaca, Yucatán y Sonora; articulista de *Etcétera*, *Laberinto Urbano*, *La Jornada*

Semanal (en la que, desde el año 2000, mantiene la columna titulada “Las rayas de la cebra”),

y *Origina*; profesora de literatura para niños en la SOGEM. Su novela *Auliya* ha sido traducida al alemán y al portugués y *El*

fuego verde al alemán. Becaria del FONCA, 1993. Miembro del SNCA desde 2001. Premio

Nacional de Cuento para Niños Juan de la Cabada 1990 por *Historia y aventuras de Taté el mago* y *Clarisel la cuentera*. En 2005 el Banco del Libro de Venezuela declaró a *Auliya* como uno de los mejores libros del año; distinción para la traducción alemana entre los finalistas del Concurso BIANUAL de Literatura Fantástica en la ciudad de Hamelin. Premio de Literatura Juvenil Gran Angular en 2013, otorgado por Ediciones SM, por la novela *Loba*.



D.R. © UNAM 2024



Voz Viva de México
Algunas rayas
VV 158

Contenido

1. Algunas rayas (y las rayas que faltan)	3
Presentación a cargo de Carlos Ulises Mata	
2. Nostalgia de Ultramán.....	9
3. Aventuras en la Gremlin.....	12
Audio disponible	
4. El peligroso sombrero de bolitas	15
5. El chango de cemento	18
6. Compensaciones	21
7. Los comedores de vocales.....	24
Audio disponible	
8. Pasión por el gerundio	27
Audio disponible	
9. Las pantuflas bizantinas.....	30
Audio disponible	

Utiliza adecuada y respetuosamente las herramientas que te compartimos a continuación para desarrollar tu propuesta de ilustración para la portada de este título de Voz Viva.

Estos recursos te ofrecerán una comprensión más profunda de los aspectos clave de los textos de Verónica Murguía, proporcionándote elementos adicionales para enriquecer tu proceso creativo.

El prólogo, los audios en la voz de la autora, la edición del texto y sus características, son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Otros recursos sobre la autora

<https://descargacultura.unam.mx/en-voz-de-veronica-murguia-283230>



D.R. © UNAM 2024



Algunas rayas (y las rayas que faltan)

Carlos Ulises Mata

Durante más de dos décadas, entre los años 2000 y 2021, a razón de una por semana, Verónica Murguía escribió en un periódico de circulación nacional más de 1,100 columnas de 4,400 caracteres cada una bajo el encabezado “Las rayas de la cebrá”. Aunque, como miles de lectores en el país, fui fiel seguidor de esa sección, ignoro si en una de ellas reveló su autora la intención que tuvo al adoptar ese título para su contribución dominical.

Lo cierto es que tres años atrás, en 1997, al inaugurarse ella misma como la deslumbrante columnista en la que pronto se convirtió, puso a sus colaboraciones en otras publicaciones periódicas —las revistas *Origina*, *Etcétera* y *Macrópolis*— los títulos sucesivos de “El laberinto urbano” y “La tribu”, polos imantados entre los que se mueven pendularmente sus escritos en este género: la ciudad intrincada, por un lado, y la multitud atribulada y tribal que la habita, por el otro, entidades enlazadas cuya simultánea consideración ayuda no sólo a disfrutar sino a descifrar el significado de las “rayas” aquí reunidas, así como de las muchas que no caben en este hermoso librito y en la grabación que lo acompaña, cuya existencia, por lo demás, delata la necesidad de compilar en el futuro una selección más nutrida de ellas.

Un tipo reciente de ensayismo muy practicado en el país floreció bajo el sueño de ser la encarnación mexicana del ensayo a la inglesa, asumiendo, con tanto optimismo como ignorancia, que el principio maestro de esa insigne tradición —acuden a la página los nombres venerables de Swift, Johnson, Hazlitt, Lamb, Stevenson, Chesterton y Virginia Woolf— consiste en la acumulación de fruslerías contadas en primera persona.



D.R. © UNAM 2024



Conocedora experta de ese linaje y de quienes en nuestra lengua y fronteras han contribuido a aclimatarlo y a engrandecerlo —de Larra a Antonio Machado, de Reyes a Torri, de Ibarguengoitia a Hugo Hiriart—, Verónica Murguía, como no podía ser de otro modo, pues sus columnas parten siempre de experiencias propias, usa también el oriente de su yo (su voz, sus experiencias, a veces incluso su apellido) para trazar el gozoso recorrido de sus escritos, con la diferencia respecto de los falsos ensayistas ingleses —acierto literario y cortesía— de que ella no busca apoderarse de la escena, sino fungir como hilo conductor de su paseo entre memorias y épocas, constataciones antiguas y actuales, paisajes y climas emocionales que merecen ser escritos.

Además de distinguirse por esa sabia dosificación de su presencia en el escenario de la página, las columnas de Murguía tienen otro rasgo distintivo: se erigen sobre la solidez de una estructura invisible, cuya armazón se forja con un ceñido conjunto de elementos —la descripción piadosa de un hábito humano e impiadosa de un horror urbanístico; el recuerdo de una experiencia venturosa o ridícula; el dato histórico y la cita literaria; la queja dolorida y la invención—, ordenados conforme a la regla áurea de la composición literaria que dicta que cada módulo de la escritura tiene que tener a la vez un valor propio y un valor relacional. Todo comienza casi siempre con un personaje que transita, rememora, observa y lee algo: una nota de escándalo en el periódico del día, un relato de Kipling, un tratado medieval. A veces identificable con ella misma y a veces no, el personaje de Murguía (en cierta forma su alter ego) sale al mundo, a la página, y se dirige al encuentro con sus semejantes, por medio del acto comprensivo de la lectura y de la conversación.

Como hizo Cervantes con don Quijote y Saint-Exupéry con el Principito, el primero atravesando llanuras y el segundo dando saltos entre planetas y asteroides, Verónica circula por calles y recuerdos, ejes y plazas, colonias viejas y nuevas, topándose con hitos urbanos que retan sus capacidades de comprensión y de asombro, de náusea y de burla compensatoria.



D.R. © UNAM 2024



Acompañada a veces por “el atribulado chilango”, entidad colectiva que comparte sus angustias y decepciones, Verónica ve, por ejemplo, “casas rusas, inspiradas por el Kremlin, con todo y cúpulas en forma de cebolla; casas forradas de azulejo y pobladas por reproducciones de esculturas griegas ejecutadas en fibra de vidrio pintada con esmalte dorado; casas salidas de los Supersónicos; castillos normandos”. Ve “un adefesio que parece el monumento al carnaval de Veracruz”; “un hotel que hacía unos pocos meses tenía una fachada bonita” y ahora es “un cubo de vidrio polarizado, un poco amenazante”. Ve un restaurante “de esos que tienen demasiados apóstrofes en el nombre” en cuyo techo “se balancea un enorme panda inflable amarrado con gruesos mecates”. Ve “un edificio que parece una montaña de bosta de vaca, pero de una vaca del tamaño del *World Trade Center* que comiera pasto de cemento” e incluso ve una casa en la colonia Alfonso XIII, orgullosa construcción “que simula ser una cabaña de madera, hecha con troncos, semejante a los expendios de tortas y algodones de azúcar de Chapultepec” cuyo “audaz constructor (...) le puso un chango de cemento sentado sobre un balcón del segundo piso”.

Para su pasmo, Murguía encuentra tales esperpentos (los que siguen ahí, sumados a las que cada lunes erige puntual la enfebrecida imaginación chilanga) lo mismo en las Lomas del Pedregal que en las colonias de clase media y las zonas populares, sorprendente homogeneidad que, de acuerdo con una aguda intuición suya, se explica por dos razones: por la prevalencia en CDMX (sospecho que en el país entero) del principio democrático de “distribución de la extravagancia”; y por la inclinación de los capitalinos a suplir con la fantasía la falta de armonía, belleza y seguridad de la gran ciudad.

Sin embargo, no sólo los adefesios urbanos son objeto de la atención de Verónica en su recorrido. De nuevo como don Quijote y el Principito, la observadora andante de estas columnas se detiene a mirar o mira mientras transita (a pie o en Metro, trepada a una Gremlin o en el Metrobús) prácticas ciudadanas y de quienes detentan el poder, creencias y objetos, hábitos burocráticos y lingüísticos (los comedores de vocales, los enfermos de gerundio), sin perder en ningún momento sus rasgos característicos de lucidez y perplejidad, buen humor y nobleza, ternura y fragilidad, propia de los auténticos curiosos, que es como decir de los auténticos antidogmáticos.



D.R. © UNAM 2024



Armada de esos atributos y siempre al lado de su acompañante dialógico (ya el lector, ya su marido que la escucha mientras elige el tema de la columna), Murguía entra al comentario de la actualidad con brío verbal y con un conocimiento muy serio de la historia y la política mexicana y mundial, afianzado a su vez por una postura ética perfectamente definida, expuesta por ejemplo cuando en una columna se pronunció a favor de la distribución masiva y gratuita de Viagra, como medio eficaz para eliminar la demanda de testículos de tigre y cuernos de rinoceronte por parte de los bárbaros que atribuyen a su consumo virtudes afrodisiacas y aumento de la potencia sexual.

En una dimensión cercana a esa, la trazadora maestra de estas “rayas” observa el presente con la astucia de quien sabe reconocer los rasgos que definen su catadura intelectual y moral, sus preferencias y sus miedos. El inventario de sus aborrecimientos es por supuesto infinito, pero se perfila con nitidez en la columna titulada “Compensaciones”, precioso homenaje a su adorado Jorge Ibarguengoitia, a quien Verónica ilumina bajo una luz nueva al llamar “alma cívica y delicada”. Los motivos de indignación y crítico desahogo citados en ese escrito son pocos pero significativos: los conductores que le echan el carro a los peatones; los que obstruyen las rampas de discapacitados o se estacionan en segunda y tercera fila, traigan Tsuru, Suburban o motocicleta; los contaminadores contumaces; los adultos y niños de cualquier condición que tiran basura o escupen en la calle; los dueños de mascotas que no recogen la mierda de sus perros; los rayadores y ladrones de casas y coches; los diputados, alcaldes y funcionarios de todo tipo que incumplen el encargo esencial de ordenar la ciudad, limpiarla y hacerla habitable.

Una semejante capacidad a la vez notarial y crítica la despliega la autora en la revisión del pasado. Al asomarse a ese inmenso continente de la memoria, Verónica Murguía sabe retener los rasgos epocales característicos cristalizados en las antiguas formas de viajar, vestirse, divertirse, enamorarse, comer, hablar, acatar o subvertir la autoridad de los padres, decorar una habitación o el interior de un automóvil y, en fin, rodearse de hábitos y objetos que el tiempo vuelve ridículos o merecedores de nostalgia.



D.R. © UNAM 2024



Sumado a los rasgos hasta aquí esbozados, hay uno que sobresale y dota al conjunto de articulación coherente: el personaje que habla y piensa en estas columnas organiza su percepción de la realidad anteponiendo a sus fenómenos el filtro de los libros, en primer término los de literatura, pero con los de historia, ciencia, filosofía y sociología cultural en natural compañía, y a su vez éstos al lado del cine, la música, la pintura, la arquitectura, la televisión inteligente (no es oxímoron) y las series de animación (queda de prueba “Nostalgia de Ultramán”, la primera columna que Verónica escribió, en donde muestra que la devastación chilanga supera la ruina causada por los monstruos del espacio que el héroe fantástico y japonés combatía).

De Oscar Wilde escuché decir como elogio (lo es) que citaba a los clásicos como si recordara los dichos de un amigo brillante de la infancia. Verónica Murguía procede de igual manera: en su animada conversación y en la escritura de sus columnas van y vienen con naturalidad una idea (errada) de San Agustín, una escena fulgurante de *Drszu Usala*, de Kurosawa, un dístico de William Blake o de López Velarde, un terceto de Dante, un parlamento ingenioso de *Los tres mosqueteros*, una frase de una novela de Mika Waltari leída en la adolescencia y mil otras maravillas que, lejos de la intención de lucirse, participan de una búsqueda vital, no programática ni pedagógica, que define sus afanes diarios: devolver a la literatura su autoridad moral y su primacía social, lo cual —dato muy importante que da coherencia a ese propósito— la autora logra con creces mediante la perfección de la escritura de sus novelas y cuentos.

Volvamos, para concluir, al misterio indescifrado de las rayas de la cebra, menos enigmáticas que las del tigre que siendo niño vio Borges y que el grabado inscrito sobre el caparazón de la tortuga de oro que conmovió a Darío.

Por lo menos en español, las rayas de la cebra remiten a dos imágenes inapelables. La primera y más inmediata la constituyen las franjas de color oscuro que cruzan de manera horizontal, vertical, diagonal e incluso curva la humanidad (perdón) de un animal (la cebra) que sin ellas sería identificado con un burro, acepción que hace de ellas (las rayas) un signo simultáneo de distinción, de arbitrariedad y de jugueteo divino.



D.R. © UNAM 2024



La segunda imagen la constituyen las franjas —ahora blancas— trazadas sobre el asfalto en el tramo final de ciertas avenidas de gran circulación vehicular, a fin de que por ellas transiten con seguridad y pasen de una esquina a otra los viandantes; su representación platónica figura en la portada de *Abbey Road* y fue captada por Iain Macmillan mientras la cruzaban los Beatles, a pocos metros de distancia de un vocho blanco estacionado sobre la banqueta.

A la luz de la consistencia nominativa que Verónica Murguía ha mostrado al titular sus series periodísticas, podemos postular que sus “rayas de cebra”, a la vez equinas y urbanas, crean con su trazo el espacio corpóreo en el que ciertos seres vivos reconocen su singularidad de animales vistosos y sufrientes (según las rayas sean adornos o cicatrices) y su honrosa semejanza con los burros. Que son las suyas rayas cuyo trazo firme establece un enclave de confusión admitida (¿las rayas de la cebra son las líneas blancas o las negras?), de precario apaciguamiento y perdurable sonrisa, de encuentro tribal y de roce humano justo en el corazón (potente e incansable como el de una cebra) de la más aturdidora y enmarañada de las urbes.

**Prohibida
su
reproducción**



D.R. © UNAM 2024



Nostalgia de Ultramán Verónica Murguía

Cambiar la imagen de la ciudad, parece, sólo será posible mediante la intervención de un héroe como el de la serie de T.V. Ultramán. Y es que frente a las decisiones equivocadas de construcción los ciudadanos no podemos hacer nada.

Cuando era niña imaginaba que el término *paciencia oriental* se aplicaba al pueblo japonés por su inagotable disposición para reconstruir Tokio y sus alrededores varias veces al año. Según la serie *Ultramán*, de la cual yo era una devota seguidora, los monstruos del espacio, en su inmensa variedad, consideraban nuestro planeta el lugar más deseable del universo. Por razones misteriosas, siempre aterrizaban en Japón.

Naturalmente, Ultramán -en cualquiera de sus dos encarnaciones: *míster Ayata* en la versión blanco y negro o *míster Ghó* en la versión en color— vivía en Tokio. Era cuestión de aprovechar el momento; la confusión que reinaba entre los habitantes, quienes corrían de un lado a otro mientras los monstruos derribaban rascacielos y masticaban coches y camiones, para convertirse en un tipo de cuarenta y cinco metros de altura. Ataviado con un traje de plástico reluciente que ostentaba un inquietante foco rojo en el pecho, Ultramán fijaba su mirada de pescado sobre el visitante extraterrestre y se le echaba encima.

Manzanas enteras quedaban destruidas o cubiertas por toneladas de sangre verde y pegajosa. Nadie se quejaba. Aletas, escamas, antenas, globos oculares adornados con ocho pupilas, largas colas fosforescentes rematadas por un haz de picos afilados, todos estos desechos humeantes caían sobre los techos de las casas, las escuelas, los hospitales.

Cuando la mantarraya gigante, el ratón bicéfalo cuyas cabezas sobrepasaban los edificios, la lagartija hipertrofiada que derribaba puentes cada vez que eructaba, o cualquiera de las versiones del invasor moría finalmente, todos ponían manos a la obra y reconstruían la ciudad.



D.R. © UNAM 2024



Hasta la próxima, en la que tal vez la sombra descomunal de un cohete cargado de piedras peludas, poseedoras de coeficientes intelectuales dignos de un neurólogo, aterrizara cerca de Kyoto, cerquísima de Tokio. Y la destrucción de la ciudad se daría de nuevo, sólo que esta vez los edificios serían aplastados por avalanchas despiadadas hasta que Ultramán pulverizara las piedras con un chorro de agua potente.

En el Distrito Federal se da un fenómeno parecido, sólo que los que los monstruos no son visibles, y sospecho que de verlos tendrían fchas de lo más comunes y corrientes. Además, por supuesto, no contamos con Ultramán

¿Qué procede cuando aparece un ejército de albañiles con gesto decidido y cerca, por ejemplo, una hermosa casa colonial sobre Miguel Ángel de Quevedo?

El atribulado chilango que registró el fenómeno observó caer la hermosa casa como si Godzilla le hubiera propinado una patada. En su lugar construyeron un adefesio que parece el monumento al carnaval de Veracruz, con materiales que seguramente alguien de ahorro recogió de entre los desechos de los fabricantes de carros alegóricos. Una escultura que representa una jarocho bailando el tilingo lingo sonrío con un rictus feísimo. El chilango suspira, vagamente deprimido, y sigue su camino. Llega a Insurgentes, y se dirige hacia el Viaducto. En su camino aparece un hotel que hacía sus pocos meses tenía una fachada bonita, de finales de los cincuenta. Ahora un cubo de vidrio polarizado, con el aire un poco amenazante que dicho material otorga ha cubierto por completo el hotel y lo ha convertido en el lugar perfecto para que se estacionen las Suburban con vidrios polarizados también y sin placas, frente a los cuales uno siempre chifla y voltea para otra parte.

Un restaurante, de esos que tienen demasiadas apóstrofes en el nombre, aparece trascuadrita. En el techo se balancea un enorme panda inflable amarrado con gruesos mecates. El panda, debido tal vez a una confusión, está rodeado de palmeras artificiales. "Tal vez no se fabrican bambúes artificiales", piensa el chilango.



Más adelante hay un edificio que parece una montaña de bosta de vaca, pero de una vaca del tamaño del World Trade Center que comiera pasto de cemento. Al ver esta extravagancia, por llamarle de alguna manera, a uno se le olvidan sus otros agravios. Se le olvida que están desapareciendo los cines como el Chapultepec, para ser sustituidos por cadenas cuyas salas se distinguen porque la decoración lo hace sentir a uno como Roger Rabbit en una pesadilla. Se le olvida que tiraron La Veiga y sólo dejaron las ruinas. Ni siquiera han construido nada encima. Se le olvida la iglesia en forma de nave de los locos que flanquea el lado derecho del Periférico en dirección al sur y provoca que la gente que va hacia Tepepan acabe en Cuernavaca debido a que el susto les adhiere el zapato al acelerador. Entonces uno suspira por Ultramán, por un héroe que nos salvara de estos adefesios. O tan siquiera por un monstruo decente que los tirara, caray.

**Prohibida
su
reproducción**



VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2024



Aventuras en la Gremlin Verónica Murguía

[Escúchalo aquí](#) 

Los 70 fueron una década con una extraña idea del futuro: para la mayoría de la gente la noción de lo que vendría estaba llena de imágenes que procedían directamente de *Los supersónicos*. Todo esto, hay que recordar, fue antes de *Blade Runner* y las resonantes intuiciones del *cyberpunk*. Esos futuros -ya presentes- llenos de aire contaminado, ciudades ruinosas y superpobladas, gente adicta a drogas exóticas y ricos-ricos-ricos explotando a pobres-pobres-pobres, no le pasaban por la cabeza a nuestros padres. Y hay que imaginarse entonces su estupefacción ahora, cuando ven a su alrededor. Lo más catastrófico que el cine de masas había mostrado eran tal vez *Cuando el destino nos alcance* (y ahora no conozco a nadie que no haya comido algas verdes en sushi) y las ciudades abandonadas de la serie *El planeta de los simios*.

La idea de lo moderno, de lo hermoso, de lo funcional, se plasmó en gestos tan extraños como las alfombras peludas anaranjadas, las salas de vinil (si hacía frío se te congelaba el trasero, si hacía calor, corrías el riesgo de hacer un ruido raro cuando te despegaras del asiento, con las piernas sudorosas y los calzones húmedos), los *Atrevidos* de Ray-Tom o los Topeka, esos pantalones con super campanas, bicolores y fabricados con la indestructible terlenka, y las pelucas afro plateadas.

Había dos coches cuyos modelos se destacaban entre los de esos días por su apego a la onda Supersónicos: el Pacer y la Gremlin. El Pacer era el más feo de los dos, una especie de platillo volador en forma de pirámide, con vidrios gigantes y sin cajuela. La camioneta Gremlin, de la que soy una gran conocedora, es más bonita, lo único feo es la parte de atrás, que parece cortada con un cuchillote.



D.R. © UNAM 2024



Yo tuve una. La quise mucho, porque viví en ella, y viajé en ella y sufrí por ella (hay una canción de Paul Simon en el disco *Hearts & Bones* que describe esta situación y dice que los coches son como casas) y anduve un año sin la placa de adelante y todos los mordelones que me detuvieron por eso me creyeron cuando les decía: “Acabo de salir de mi casa y la traía, sí señor, por favor no me diga que ya no la traigo, y ahora qué hacemos, no sea malito, acompáñeme a buscarla, de seguro está por ahí, por donde vine. Vengo de la parte de arriba de Las Águilas a unos dos mil kilómetros de aquí, No, no se vaya, portas. Bueno, adiós.”

Cuando me la regalaron pasé por una etapa de profunda identificación con los choferes de peseros, que, en esa época, precombi, manejaban coches grandes en donde los pasajeros nos amontonábamos con una cercanía que ahora, a pesar de la insuficiencia del transporte urbano, nos parecería por lo menos impúdica. La decoración de esos coches me obsesionaba: había algo de casa, de altar y de cuarto de adolescente en ellos. Yo no quise quedarme atrás: en mi Gremlin había una pequeña jaula de madera con un perico de papel maché colgando de la palanca de velocidades (que estaba detrás del volante; la palanca al piso era cosa de Mustangs y modelos por el estilo). Del espejo retrovisor colgaba un pollo desplumado de plástico, en el asiento de atrás llevaba una cobija verde (entraba a las siete de la mañana a la universidad) y un surtido de cosas para comer: galletas Marías, huevos duros, manzanas, plátanos verdes, porque los maduros se pudren de volada dentro de un coche, una grabadora debajo del asiento, una caja de zapatos llena de casetes, un par de tenis, un peine y un cepillo de dientes.

Sobre la tapa de la guantera pegué dibujos de mis amigos y recaditos del tipo "pasé a buscarte y no estabas". Y si viví en el coche. Me corrieron de mi casa y para no agobiarme me ponía de acuerdo con alguien y me estacionaba en la puerta de su casa para dormir. Debo confesar que la parte de atrás de una Gremlin es uno de los lugares más incómodos del planeta, y generalmente me despertaba con la cara llena de líneas misteriosas que luego coincidían con las costuras de las vestiduras.

La Gremlin se inundaba. Tan seguido que tuve que incorporar una jarra de plástico a mí mobiliario, para cuando hacía mucha agua. La alfombra se pudrió y en el piso del coche se hizo un agujero que era maravilloso en el verano, porque el aire entraba por ahí y se colaba hasta las piernas de los pasajeros.



D.R. © UNAM 2024



El espejo retrovisor se caía cuando pasabas los topes y me tuve que acostumbrar a manejar de oído, como los arrieros. El velour del techo se fue desprendiendo, pero la lámpara lo detenía, hasta que quedó como el techo de una tienda árabe, como de *Las mil y una noches*. Una noche, al salir de una boda por Tepepan, encontré que la entrada al periférico estaba bloqueada con esas latas llenas de chapopote prendido. Los trabajadores me dijeron que para el Centro (yo vivía entonces por la Juárez) “me fuera por la vía del tren”. Eso hice, con una literalidad que luego me valió burlas despiadadas. Acomodé las cuatro llantas sobre las vías y me fui. El coche se cayó de lado antes de llegar a donde la vía se empataba con el cemento, y lo sacaron entre diez. Ahí comenzó la decadencia de mi Gremlin.

Años después le presté el coche a Álvaro Quijano para una cita. Cuando le abrió la puerta a la chava, se quedó con la manija en los dedos, mientras la puerta se deslizaba hasta quedar a dos centímetros del suelo. Entonces decidí vendérsela al mecánico que la veía semanalmente y que me repetía cada martes que el coche estaba muy bien. Y la verdad salió a la luz. El maestro Argueta (así se llama el mecánico) me la cambió por una grabadora y doscientos pesos.

Y a pesar de haber vivido en ella, cuando los vi cabalgar hacia el ocaso respiré con alivio. Lo único que extraño es la jaula del perico.

Prohibida
su
reproducción



D.R. © UNAM 2024



El peligroso sombrero de bolitas

Verónica Murguía

El sombrero del título es, según gente poco informada, un adminículo muy mexicano. Es negro, de fieltro. Del ala le cuelga una cinta adornada con borlas tamaño canica, y generalmente lo trae puesto un señor bigotón que toca la guitarra.

Sólo lo he visto en las caricaturas y descrito en las novelas. Sospecho que se usa en las zarzuelas, pero como no quiero pecar de aquello que critico –opinar a la ligera sobre la procedencia del sombrero–, admito que no lo sé. El sombrero de bolitas, el burro, el sarape de Saltillo y el tequila son algunos de los componentes que, para ciertas personas, constituyen parte importante de nuestro carácter, paisaje y artesanía.

El día que el sombrero de bolitas, con su fama de mexicano, apareció en la novela *La vida: instrucciones de uso*, del genial Georges Perec, mi marido sufrió mucho.

Cualquiera pensaría que esa imagen sólo la tienen individuos que nunca han venido a México, que jamás han leído las novelas de Juan Rulfo y que no se asoman al noticiero. En Estados Unidos, lo sabemos, hay muchos de éstos. Algunos, ni modo, de ascendencia mexicana.

Cuando viajan acá se desilusionan porque no somos tan mexicanos, es decir tan mariachis, sombrerudos, Fridas y guadalupanos como se imaginaban.

Hace algunos años, en la Casa del Poeta, asistí a un extraño espectáculo: durante una lectura, un poeta chicano se puso a tocar un caracol. Ante la cara de estupor de la mayoría de los presentes, se disculpó: “Yo sé que esto lo hacen aquí a diario, pero para mí es un honor, y da mucho gusto tocar este instrumento prehispánico en la casa donde murió Ramón López Velarde, etcétera.”

Cuando nos acercamos a comentarle que los caracoles sólo los tocan los concheros y algunos músicos que andan en esos asuntos, tuvo una gran decepción.



“¿Así que ustedes no tocan el caracol en las mañanas?” “No”, contestamos. Muy desilusionado, nos dijo que había visto la tocada de caracol en un churro de Alfonso Arau, y que no sería mala idea incorporar esa pequeña y hermosa ceremonia a nuestros rituales matutinos. Como los rituales matutinos de la mayoría son apresurados y consisten en arrastrarse fuera de la cama y reunir las energías suficientes para enfrentarse al tráfico, la basura y la chamba, nos mostramos escépticos. Casi nada folclóricos. Fue un poco triste, porque el tipo era simpático y muy entusiasta.

Un día me reí hasta que me dolieron las costillas al leer una novela en inglés, que misericordiosamente no ha sido traducida, titulada *Goose in the Pond*, de la escritora Earlene Fowler, en la que el señor Gabriel Ortiz, dizque tan mexicano como yo, en un arranque de pasión murmura en cursivas al oído de su amada: “Querida, querida, estas una frego en mi alma”. Este mismo señor ya había informado al atónito lector que los mexicanos comemos a diario “chiles *relleños* de *jalapenos*”, y de postre comemos, no bebemos, atole de piña, que, según la descripción, es budín.

Estas son muestras insignes del sombrero de bolitas. Hasta Borges cometió un sombrero en el cuento “La escritura del Dios”, en el que el sacerdote de Qaholom, he ahí el sombrero, averigua el significado de la vida. Ahora, este sombrero raro, fácilmente evitable (con escribirle a don Alfonso Reyes hubiera bastado), no tiene la menor importancia.

El cuento es tan inteligente, tan hermoso, que el sacerdote podría haber usado el sombrero de bolitas y ni chistaríamos.

Hace unos días, en cambio, tuve ocasión de leer un cuento infestado con todas las variedades del sombrero, escrito por George Steiner, crítico de renombre mundial, que ha venido muchas veces a México. Estos sombreros resultaron pasmosos. Dice, por ejemplo, que aquí la poesía es tan poderosa que “Tiende un puente más allá de los recuerdos de la violencia entre pieles claras y pieles oscuras, entre las nieves y la jungla.”



Salen poetisas que se sacuden las trenzas, ingenuos maestros que componen sonetos... Seis poetas mexicanos van a Medellín, Colombia, a leer poemas para detener la violencia de los narcos. Por qué no fueron a Culiacán o Uruapan, que les quedan más cerca, es un misterio. Narcos, aquí no faltan, aunque el autor del cuento parece ignorar que, en México, además de poesía, hay tráfico de drogas, y que en Colombia es igual. El Festival de Poesía de Medellín es famoso en todo el mundo. Poetas, allá, no faltan.

Hubiera sido bueno que el señor Steiner, cuando vino, se bajara del coche.

Texto
protegido

Prohibida
su
reproducción



VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2024



El chango de cemento

Verónica Murguía

Hay gente que nace, vive y muere no sólo en la misma ciudad, sino en el mismo barrio. Eso ha de ser genial; supongo que esas personas, si nacieron aquí, a pesar del carácter caprichoso y variable del paisaje del DF, se sienten profundamente identificadas con aquello que los rodea.

Yo, apenas me identifico, me mudo. Crecí en Ciudad Satélite, que en el nombre lleva la fama, porque me pasé la infancia en la luna. Ciudad Satélite no tiene carácter ni fisonomía. Es como un hotel genérico. Puede estar en Hong Kong o en Naucalpan: siempre será igual y el menú resultará persistentemente insípido. Muy tranquilo, eso sí.

Cuando mis padres, que en sus juventudes tenían un ímpetu explorador digno de Cabeza de Vaca, decidieron cambiarse a Axomiatla en la delegación Álvaro Obregón, allí no había casi nada construido. Desde la ventana de la cocina veíamos borregos y caballos, y una vez encontré un conejo en el jardín. Era idílico, hasta que le daban a uno ganas de comprarse una paleta, pues el mercado más cercano estaba a tres kilómetros y no había transporte.

Los autobuses no llegaban hasta esos rumbos, y cuando a mis hermanos y a mí nos hostigaba la nostalgia, nos íbamos a Ciudad Satélite a ver a nuestros amigos en peregrinaciones que duraban hasta tres horas —hace más de veinte años, es decir que la distancia, no el tráfico, era lo que determinaba la duración del viaje.

Afortunadamente cualquier nostalgia que nos inspiraran las torres de Satélite, ese extrañísimo monumento —muchos niños del rumbo creían que las torres eran edificios sin ventanas—, fue reemplazada apresuradamente por la sorpresa que nos causaron ciertos hallazgos arquitectónicos a los que nos enfrentamos. Las peregrinaciones a Satélite fueron sustituidas por azarosos viajes en camión o en metro, para ver y conocer la ciudad. Nos tomó por sorpresa.



No me refiero a las ruinas mexicas, la majestuosa arquitectura colonial o a las iglesias decimonónicas. Tampoco a las casas porfirianas o el delicioso déco de la Roma y la Condesa. Esas visiones nos apantallaron, pero no nos inspiraron tanta afición como otras expresiones —personalísimas— que sobresalen en medio de un paisaje, de por sí caótico, como manifestaciones consumadas del relajó.

Casas rusas, inspiradas por el Kremlin, con todo y cúpulas en forma de cebolla, casas forradas de azulejo y pobladas por reproducciones de esculturas griegas ejecutadas en fibra de vidrio pintada con esmalte dorado, casas salidas de los Supersónicos, castillos normandos, el atlante de Tula de plástico en el jardín (mencionado ya por Ibarra), partenones, balcones provenzales, mezquitas mozárabes, pagodas chinas, torres fortificadas... tampoco podía faltar el nacionalista que decidió vivir en una versión aligerada de una pirámide azteca, y no me refiero sólo al Anahuacalli.

Estas expresiones no están limitadas por la zona o el dinero. Uno de los pocos aspectos en los que esta ciudad es democrática es en la admirable repartición de la extravagancia; en las Lomas o el Pedregal hay tantas casas que parecen construidas por el inventor de la montaña rusa como en las colonias clasemedieras o en las zonas populares. Y por eso vuelvo a mi idea primera: quien construye una casa tan personal como las mencionadas, tiene, supongo, la intención de vivir en ella para siempre. Es una afirmación de su personalidad, de sus gustos y sus recuerdos, de sus pulsiones más íntimas. No las edifican pensando en rentarlas.

Mi favorita, aunque no sé si podría encontrarla de nuevo, era una casa ubicada en la colonia Alfonso XIII. Dicha casa era una construcción de cemento que simulaba ser una cabaña de madera, hecha con troncos, semejante a los expendios de tortas y algodón de azúcar de Chapultepec. El audaz constructor de este inexplicable lugar le puso un chango de cemento sentado sobre un balcón en el segundo piso.



Me inspiró una curiosidad tal, que hasta averigüé quién era Alfonso XIII. Imaginé a un monarca explorador del África o de las selvas amazónicas, y resultó que no, que dicho rey nació en España en 1886, se casó con una princesa inglesa y se exilió cuando triunfó la República. El chango no tiene que ver con el nombre de la colonia y, si me apuran, con nada del DF.

La verdad, no me extraña. A falta de armonía, belleza o seguridad, algunos han escogido la fantasía. El resultado es, casi siempre, aturdidor. Como tanta cosa en este país.

**Texto
protegido**

**Prohibida
su
reproducción**



D.R. © UNAM 2024



Compensaciones

Verónica Murguía

Allá por 1970 Jorge Ibargüengoitia escribió un artículo titulado *Criterios para exceptuar* en el que proponía que, a quienes manejan y le echan encima el coche a los peatones, se les debería prohibir ejercer el voto en las elecciones. ¿Por qué? Porque para Ibargüengoitia alguien que piensa que su coche tiene más derecho a circular por la calle que un señor que va a pie, no comprende qué es la democracia.

En dicho artículo, Ibargüengoitia incluyó en la lista de quienes no deben votar a los que tiran basura en las calles, a quienes ponen el radio a todo volumen y a quienes dejan que sus hijos sean un incordio. Para terminar, Ibargüengoitia asegura que él hubiera prohibido votar a todas las personas que trabajaran en la Dirección de Tránsito.

El meollo de este texto afirma que quien maneja como loco, tira basura o es desconsiderado, no entiende que su derecho, parafraseando a Benito Juárez, termina donde comienza el derecho ajeno. Y eso que cuando fue escrito esta ciudad tenía la mitad de tamaño y los peseros eran coches en los que cabíamos seis pasajeros y el chofer. Es decir, había más espacio para ejercer los derechos sin meterle el codo en la boca al de junto.

Ahora bien, el castigo que Jorge Ibargüengoitia, alma cívica y delicada, proponía para estos descomedidos era la quema pública de sus tarjetas de elector. Para mí, ese castigo es insuficiente. Me resulta difícil creer que un chofer de pesero, de los que son aficionados a arrancar antes de que los pasajeros se terminen de bajar, se deprimiera por la quema pública de su credencial. Los pocos cívicos, creo, si tienen credencial de elector es porque la necesitan para identificarse, no porque les interese votar.



D.R. © UNAM 2024



Ayer, por ejemplo, vi como una señora muy maquillada que manejaba un coche de lujo, tiraba una cajetilla vacía a la calle. Apostaría cualquier cosa a que dentro de su coche hay espacios diseñados para la recolección de la basura, pero la mujer no los quiso ensuciar, que para eso está la acera, según ella. Le grité: "¡Oiga! ¡No sea cochina!" y me hizo una seña gracias a la que pude apreciar su insólito manicure. A esa señora, yo creo, el voto le importa un pepino. No le interesaría ni, aunque los candidatos fueran Idi Amin, Adolf Hitler y San Francisco de Asís.

Por eso propongo un modesto sistema de compensaciones. Quizás si todos juntos nos concentramos y pedimos a Quien Sea, al Azar, o al dios de las ciudades feas, logremos que:

- 1) A quien espante al peatón, que le lleve el coche la grúa. Asimismo, a quien deje pasar al peatón, que encuentre lugar para estacionarse hasta en la colonia Juárez.
- 2) A quien tire la basura en la calle, si es hombre, que le caiga salsa en la corbata. Si es mujer que se le corra la media. Si es menor de edad, que a su mamá se le ocurra ponerle una inyección de vitamina B12.
- 3) A quien se estacione en la rampa de los inválidos, aunque sea un momento, le dé migraña. Una migraña con duración de una hora, resistente al analgésico, por cada diez minutos de obstaculizar el acceso. La mitad para quienes se estacionan en las entradas de las casas.
- 4) A las señoras que andan en Suburban y se estacionan en tercera fila, que sus hijos reprobren el año.
- 5) A quien no recoja la caca de su perro, que pise caca de lo que sea. Tres "quemadas" por cada deyección de su mascota. Y que además le caiga caca de paloma en la cabeza. Asimismo, quienes recojan la caca de su perro se harán acreedores a reintegros de la lotería, piropos y suerte en las rifas.



- 6) A quienes rayan los coches ajenos nomás porque sí, que los deje la novia (o), por el mejor amigo(a).
- 7) Que, a los diputados, delegados o quienes sean los encargados de la de limpieza de esta ciudad - quienes evidentemente se gastan el dinero destinado a esto en otras cosas —, les amanezcan los dientes negros y no se les normalicen hasta que manden recoger todas las botellas de plástico llenas de pis y demás porquerías que deshonran las banquetas.
- 8) A quienes no mandan afinar los coches, que les dé catarro y se les salgan los mocos delante de su jefe(a).
- 9) A quienes hagan grafiti en las paredes de las casas, salpullido en el trasero. A los reincidentes, un forúnculo acneico en la nariz.
- 10) Y para quienes sean reos de cosas graves, como el "gober precioso" y sus contlapaches, los castigos serán los dispuestos en la Divina Comedia por Dante Alighieri.

Protegido
Prohibida
su
reproducción



VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2024



Los comedores de vocales

Verónica Murguía

Escúchalo aquí

Uno de los placeres más inesperados que ofrecen los viajes por la República Mexicana son los hallazgos lingüísticos. No se necesita ser un experto para apreciarlos; a veces lo que falta es un traductor. Por ejemplo, si uno viaja a occidente y pasa más de un mes en Guadalajara, es probable que llegue convertido en un fanático de las Chivas o del Atlas y diciendo cosas rarísimas, como que hay "bien mucha sopa en la olla", con un acento que se parece al norteño, pero mucho más suave. Para mí, como para la mayoría de mis conciudadanos, "estar alucinando" significa estar muy perturbado; en Jalisco significa algo así como estar extasiado, lo que hacía las conversaciones con mis amigos tapatíos un poco caóticas.

Las tortas por allá se llaman "lonches". A los bolillos los llaman "birotos" y el chilango que quiera disimular su origen y pasar inadvertido, hará muy mal en pedir una quesadilla de sesos o de papa, porque para los tapatíos las quesadillas son de queso, e ignorarlo es signo de barbarie; una falta de educación tan terrible como irle al América.

En Michoacán los diminutivos terminan en "illo". La gente tiene chiquillos en lugar hijos, perrillos en vez de mascotas y las ciudades pequeñas son pueblillos. En el norte hay un sinfín de palabras en inglés que los norteños conjugan hábilmente en español, como "parquear" en lugar de estacionarse y otras muchas que escandalizan a los puristas del español. Casi todos podemos identificar a la gente de la costa porque, como los cubanos y los andaluces, se comen las eses y tienen una capacidad endiablada para mentar madres hasta en la conversación más inocua.

A los yucatecos los reconoce cualquiera porque el acento del sureste es inconfundible, y su español está aderezado con una maravillosa mezcla de arcaísmos y palabras en maya. Para un yucateco la banqueta es la "escarpa", el coche es un "auto", el volante "la guía", la llanta "el caucho".



Los raspados se llaman "granizados" (hay un sabor de raspados que junta lo exótico del nombre con lo delicioso del sabor: el de crema morisca) y el refresco "la soda". El refrigerador es "la nevera", estar borracho es estar "mamado" (que, para nosotros, en el DF, significa ser musculoso), el traje de baño "la calzonera" y la alberca "la pila". El ombligo es el "tuch", la axila el "xic", estar calvo es "estar colís" y ser cursi es ser "cuch". Las abuelas son las "chichís", y las mariposas negras se conocen con el sonoro nombre de "x'majaná". Las mentadas de madre generalmente se gritan en maya: "pelaa ná". Hay lugar para las confusiones zoológicas, pues los zorros para los yucatecos son una especie de tlacuache con el rabo pelón, lo más distinto a un zorro -que usualmente uno ha visto sólo en la televisión en programas que suceden en Inglaterra- que se pueda imaginar.

Una vez sostuve una conversación muy reveladora con un zapatero de Valladolid, que insistía en que el maya se parece mucho al inglés. Me dio este extraño argumento:

- ¿Sabe usted que la palabra "kiss" es "beso" en inglés? -preguntó.
- Sí-contesté con cierta inseguridad.
- Pues "kis" es pedo en maya -exclamó triunfante.

Yo ya no supe qué decir.

Los yucatecos dicen "lo busco, lo busco y no lo busco", por "lo busco, lo busco y no lo encuentro". También "presté" por "tomar prestado". El verbo "negociar" en el sureste es una especie de comodín que se usa cuando a uno se le olvida qué quiere decir. Así, "negocéame el cierre del vestido" es "súbeme el cierre", y "negocea el aparato", es "prende el radio".

Pero los chilangos no cantamos mal las rancheras. En primer lugar, a cualquier parte adonde haya ido, la gente se da cuenta inmediatamente que soy del DF por el cantadito. Si no sabemos cuál es, pues hay que oír con cuidado a Resortes, o en su defecto, a cualquier ejemplar de la clase acomodada capitalina. Además, y eso dio lugar al malentendido que contaré, nos comemos las vocales.



Un día, hace ya años, pedí una medicina a la farmacia. El diligente señor D., el repartidor, llegó en su bicicleta, muy compungido. Iba oyendo las noticias en su radio portátil y traía puestos los audífonos. Me dijo:

-Matarn a Selnn.

Yo oí Salinas, y pensé en Carlos Salinas, el ex presidente.

- ¿Cómo? -pregunté con un hilo de voz, pues ya me imaginaba unas cosas terribles; venganzas entre priístas, balaceras, yo qué sé.

- ¿Qué no estaba en Dublín?

-No. Fun Estds Unds. En Crpus Christi.

-Huy. ¿Y qué hacía allí?

-Pss no sé. Per cantab bin bonto...

- ¿Cantaba? -me imaginé a Salinas cantando "El rey" ante una cuadrilla de matones.

Este diálogo delirante siguió unos minutos más; yo con taquicardia y fantasías de represión policiaca contra toda la izquierda -aunque no tuviera vela en el entierro- y el señor D. con los ojos arrasados, hasta que caí en la cuenta de que quien había muerto era Selena, la cantante de tex-mex.

Y así supe que los capitalinos poseemos ciertas e inconfundibles peculiaridades lingüísticas. No sabemos *negocear* bien las vocales.



D.R. © UNAM 2024



Pasión por el gerundio

Verónica Murguía

Para Norito

[Escúchalo aquí](#) ◀

El gerundio, esa conjugación tan socorrida en México, nos dice el Pequeño Larousse, es “una forma verbal invariable que expresa la acción como ejecutándose en el presente: *estaban hablando los dos hermanos*”. Quién sabe por qué, a los mexicanos nos encanta. Abunda en los pregones modernos. Todo vendedor ambulante lo trae en la punta de la lengua, “le venimos mostrando, le venimos ofreciendo”; está en la boca de los políticos: “ya estamos coadyuvando”, “lo estamos agendando”, y en el extraño galimatías de los vendedores en los negocios: “estamos manejando una nueva versión de...” Ya ni digo de su ubicuidad en las crónicas deportivas y las promesas de los futbolistas, donde aparece todo el tiempo.

Cuando yo era niña creía que era una conjugación preciosa, con aire de nombre propio: el tío Gerundio sería el más simpático, generoso, permisivo y platicador. El gerundio tenía también un aspecto casi floral, rojo para más señas; era el geranio de las conjugaciones.

Más tarde, confieso que abusé del gerundio en las tareas y composiciones de Civismo. Pensaba que le daba a todo un aire de actividad incesante, de laboriosidad. Por supuesto, lo usaba mal. Dice el diccionario que “El empleo del gerundio sin su carácter propio provoca innumerables incorrecciones”. Innumerables, esa es la palabra clave. Ese es uno de los problemas que trae andar gerundiando, pero yo lo ignoraba y a mis maestros parecía no importarles mientras entregara la tarea.

Cuando comencé a escribir me di cuenta de que es una forma desdibujada y tiesa, enredosa e indeterminada. Pero es por difusa que nos gusta. “Le venimos ofreciendo” suena más lleno de voluntad y de una suave persuasión que el imperioso “Mire, acérquese”, “Vendo”, “Traigo para mostrarle” o formulaciones por el estilo. Además, el gerundio insinúa vagamente que hay otros participantes en la acción.



A poco no, “llevando” suena más multitudinario que “llevó”, que deja al llevador solito y su alma. Cuando leí que se le dice Fray Gerundio a quien es pedante y poco claro, se me cayó el alma a los pies. Mi pobre tío Gerundio de la imaginación, aquél del bigote gris, flaco de solemnidad, siempre dispuesto a subirse al Ratón Loco de la Feria, quedó en un fraile ampuloso y panzón.

Pero nuestra mexicana afición sigue incólume. Un día, en una conversación con un taxista, un tipo muy ingenioso con un español que era un verdadero compendio de chilanguismos, me referí con horror a la muerte de un velador al que se habían comido un tigre y un león –por supuesto, ambos en cautiverio ilegal. El taxista, a quien obviamente le di lástima, me dijo:

–No se preocupe señora, *ese señor está viviendo*. Se lo llevaron al hospital y lo curaron y *está viviendo*.

Esa es la perla más brillante de mi gerundiana corona.

Probablemente a los mexicanos nos parece muy brusco llamar pan al pan y al vino, vino. Andamos paneando y viniando, escondiéndonos detrás de las palabras para no evidenciarnos, ser bruscos, responsables de alguna iniciativa destinada a fracasar o demasiado sinceros. En los *Sanborn's* el gerente pregunta: “¿Le agradaron sus alimentos?”, como si preguntar: “¿Le gustó la comida?” fuera un piquete de ombligo.

Todos los políticos usan la primera persona del plural, como los reyes de antes: “Estamos elaborando”, “Hemos respondido.” Algunos prefieren decir “bastante” en lugar de “mucho”: “Tengo bastante dolor de cabeza”, y el utilísimo, breve y bello “hacer” puede, si nos descuidamos, ser sustituido por el horroroso “accionar”.

En las papelerías, tlapalerías o misceláneas nadie dice “no lo tenemos”. Se dice “no lo manejamos”. “No lo tenemos” es una admisión terrible, tal vez porque los mexicanos no tenemos fe en el gobierno, empleo para todos, no tenemos paz o partido político que nos represente con decoro.



D.R. © UNAM 2024



Otra extravagancia que oigo con frecuencia es la frase “lo que es”.

–¿Cuál es el guisado del día?

–Viene siendo lo que es un chile relleno de queso.

Es como si necesitáramos palabras de sobra para anclarnos en una realidad llena de espejismos y mentiras. También, quizás, es una forma de cortesía. Cuando el Calcibronat, un calmante de efectos deliciosos que se vendía sin receta, desapareció del mercado, el encargado de la farmacia no quiso decírmelo bruscamente. Sabía que me iba a dar el patatús, así que, después de esperar inútilmente que lo surtieran, me dijo con delicadeza: “Señora, es que nos está llegando agotado.”

**Prohibida
su
reproducción**



VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2024



Las pantuflas bizantinas

Verónica Murguía

[Escúchalo aquí](#) 

Los caminos del azar, todos lo sabemos, nos pueden llevar a los lugares más extraños. La verdad sea dicha, yo no soy una buscadora de coincidencias, porque generalmente me pones nerviosa. La idea de que las casualidades pueden revelar un orden misterioso y universal, me aturde. Prefiero creer en explicaciones más simples y limitadas, por lo menos en cuanto a mi vida diaria se refiere. Sé que algunas teorías científicas sostienen que existe una correlación entre todo lo que sucede en el universo -acabo de leer un ensayo de José Gordon acerca de este tema, titulado "El efecto mariposa"-, pero conjeturas tan complejas como ésa son para mí, literalmente, nebulosas. O sea, fenómenos de orden astronómico, lejanos e insondables. En cambio, hay quienes ven un designio en todo lo que les sucede; gente que, de nacer en otras épocas, hubiera sido auguropitonisa. La frase de cajón para estas personas es que "todo sucede por alguna razón" y se refieren a motivos de tipo divino. Yo pienso: la razón es que el mecánico tenía flojera y por eso quedó mal el carburador, o la razón es que el señor del *valet parking* tenía prisa y por eso chocó contra mi coche, que esa mañana aciaga yo iba distraída y por eso me rompí el dedo chico del pie, etcétera. Todas razones humanas. Pero esas gentes suelen tener una idea del mundo más divertida que la mía, lo admito. Por ejemplo, L., una de esas personas, y yo, estábamos comprando cigarros en la miscelánea y hablando acerca de cómo el cigarro nos perjudica la salud. Entonces; un perro blanco cruzó la calle, levantó la pata y orinó el tronco de un eucalipto. L. vio la escena y dedujo que le iba a dar tos. ¿Cómo llegó a esta conclusión? Las explicaciones que me dio fueron insuficientes, pero me parecieron amenas. Me hizo recordar a un italiano que conocí en Puerto Escondido hace mil años, y que era un apasionado de *Las enseñanzas de don Juan*, de Castaneda. El italiano llevó sus interpretaciones al extremo de ver en todo: en una tormenta, en un sapo más grande de lo normal o la llegada de un grupo de gallegos al *trailer park*, cifras que estaban allí para ser dilucidadas. Sus explicaciones también me resultaron insuficientes. Nos separamos con la impresión de que él era algún tipo de mago y yo una escéptica sin argumentos.



VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2024



Pero el azar, como a todos, me ha tocado con su varita mágica y me ha dejado patidifusa. En 1994, durante un viaje a Nueva York, el escultor Brian Nissen me recomendó que buscara el hermoso libro de Rudyard Kipling, *Just So Stories*. "Una edición con las ilustraciones de él, que son bellísimas", me dijo. Escribió título del libro en una hoja de su agenda, la arrancó y me la dio. Puse la hoja en la maleta, con la intención de buscar el libro en alguna de las formidables librerías neoyorkinas. Al día siguiente nos enteramos de que Aburto había disparado sobre Luis Donald Colosio. Preocupadísimos, empacamos (es decir, echamos todo a la maleta como Dios nos dio a entender) cumplimos con lo que habíamos ido a hacer, y regresamos. Por supuesto, no me volví a acordar de la recomendación de Brian, hasta que dos años después, en Londres, metí la mano en una de las bolsas interiores de la maleta y saqué la hoja aquella. Pasmada y feliz, me la guardé en el bolsillo del pantalón. Nos fuimos al *British Museum* a ver los mármoles Elgin, y cuál no sería mi sorpresa al ver a la salida, en la tienda del museo, en una vitrina, un solitario y espléndido ejemplar de *Just So Stories*, ilustrado por Kipling, por supuesto. Me lo llevé, y todavía ahora recuerdo con emoción el escalofrío que me produjo el sacar la hoja que me había dado Brian para meterla entre las páginas de mi ejemplar londinense, dos años después.

¡Y lo de las pantuflas! Resulta que desde hace años estoy escribiendo cuentos históricos que tratan de asuntos bizantinos. Asuntos muy antiguos; tributos que los griegos se negaron a pagar a Harún al Raschid, invasiones búlgaras, el pleito iconoclasta, etcétera. Andaba yo leyendo a Fossier, a Norwich y a Burckhardt, señores muy serios todos ellos. Las imágenes de Constantinopla me llenaban la cabeza: las murallas, los cortesanos, el Hipódromo, los nombres extravagantes de los emperadores (como Constantino y Coprónimo, llamado así porque se hizo en los pañales durante la ceremonia de su bautizo), asesinatos, expediciones, concilios, el estilista solitario en lo alto de su columna; un mundo espléndido, opulento y tempestuoso. Un día, después de una sesión especialmente buena -por lo menos no he tirado las cuartillas que resultaron- me acosté a dormir un rato. Al cerrar los ojos, una frase, leída durante la secundaria en una novela de Mika Waltari, me daba vueltas: "El Mármara rielaba a sus pies como una cinta de plata". Luego he buscado la frase, y no la he hallado. Tal vez la inventé. El caso es que, al despertar, tenía un hambre de león.

Me fui a una tienda de comida oriental, en la que también venden lámparas, *woks*, condimentos y chucherías de todo tipo, a comprar una charola de sushi. Iba por uno de los corredores de la tienda, cuando vi en un anaquel un montón de pantuflas, de esas que dan en los hoteles de lujo: las pantuflas tenían nombres y logos de hoteles



D.R. © UNAM 2024



de Singapur, de Tokio, de Pekín. Inmediatamente imaginé una red clandestina de recamareras que se guardaban las pantuflas y luego las mandaban a la tienda a cambio de una módica cantidad. Entonces, las vi. Unas pantuflas blancas, de toalla, del Hotel Mármara de Estambul. Estambul, o sea, Constantinopla. Un pajarito bordado con hilo azul, y debajo, el nombre. Casi me caigo de la impresión. Compré las pantuflas, llegué a mi estudio y me las puse, convencida de que aquello quería decir algo. Nunca he estado en Estambul, ni tenía nada que viniera de allá. ¿Cuántos kilómetros viajaron las pantuflas para llegar de Estambul a Coyoacán y que yo las comprara? ¿Acaso ese Mármara, que ahora, mientras escribo, sigue siendo una "cinta de plata" (¡que tal vez se ve desde los cuartos del hotel!), no es el mismo por el que navegaron las flotas punitivas del legendario califa de Bagdad? Sentí, por primera vez en mi vida, "que todo sucede por alguna razón". Claro que sigo sin saber cuál. Huelga decir que se convirtieron en mi amuleto. No podía leer, y mucho menos escribir nada sobre Bizancio, si no me ponía mis pantuflas. Pero les cayó café con leche. Parecían los botines que le pusieron a Constantino Coprónimo el día de su bautizo, así que las llevé a la lavandería. Se las encargué mucho a la señorita, pero fue inútil. El destino, o lo que sea, hizo que la mano fatídica de la encargada pusiera mis pantuflas bizantinas en la bolsa de ropa limpia de otro cliente. Las perdí.

Lo único que me queda es desear que quien las encontró haya tenido una sorpresa tan magnífica como la que tuve yo. O si lee estas líneas, que por favor me las regrese.

reproducción



D.R. © UNAM 2024

